



Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta de la CLAR

No siempre advertimos lo nuevo que está naciendo. Andamos como distraídos, preocupados más bien por lo que está muriendo. Esta preocupación puede ser, sin embargo, auténtica. Estamos hechos para la vida, para cuidarla, y cuando sentimos que se nos escapa de las manos nos preocupamos profundamente. Esta realidad de “estar muriendo” se convierte en oportunidad en la medida en que miramos el proceso de morir como proceso de entrar a una nueva vida. Una mirada así tiene su fundamento en las mismas palabras de Jesús: *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto”* (Jn 12, 24).

Nuestra Revista nos ofrece, en este número, varias reflexiones que nos iluminan para vivir estos momentos que, como VC, estamos pasando, y nos presentan horizontes de un futuro más significativo.

Ya hemos citado otras veces esta profética frase del Papa Francisco: “Toda forma de Vida Consagrada debería preguntarse sobre lo que el Espíritu y la Historia le piden hoy”.

Re-estructurarnos para re-significarnos. ¿Por qué seguimos hablando y profundizando en este tema? Porque la VC ha frenado su ímpetu místico-profético, aunque sea doloroso constatarlo. Pero como siempre, son las circunstancias, la realidad, la mediación por la que el Espíritu Santo nos vuelve a despertar, para dar un paso nuevo, para actualizar nuestros carismas en el hoy, para motivarnos a que en “fidelidad creativa” dejemos salir toda su riqueza para seguir a Jesús en las circunstancias de hoy.

Reconocemos que el Papa Francisco nos ha ayudado mucho con su testimonio, con sus continuas interpelaciones, en este proceso de re-significación. El mismo está re-estructurando la Iglesia, con criterios muy evangélicos, muy claros, muy concretos. Y ante este testimonio, cómo no sentirnos interpelados e interpelados.

La VC latinoamericana y caribeña tiene necesidad de encontrar las maneras, los cómo, para hacer estos procesos de re-estructuración y re-significación. La CLAR ha organizado unos seminarios donde compartimos nuestros pequeños pasos, los materiales que vamos haciendo; nos iluminamos mutuamente. No faltan entre nosotras/os quienes saben sistematizar muy bien las cosas y nos dan herramientas muy valiosas para comenzar el camino y aterrizarlo en nuestros Institutos. Vamos aprendiendo unas/os de otras/os.

Puede parecer un tema muy sencillo, pero abarca todo: nuestra vida, nuestra misión, las estructuras de gobierno, la economía, la salud, la formación; hasta nuestras formas de orar, de vivir, de habitar, de comer, de comprar, etc... Se han involucrado en este camino congregaciones centenarias y numerosas, con la complejidad que les implica, como congregaciones más recientes y no tan numerosas, también con sus complejidades.

Vamos comprendiendo cada vez más el verdadero sentido de esta invitación del Espíritu. Todavía hace algunos años, algunas personas creían que este tema sólo se refería a cerrar, fundir, y que tal vez era asunto de congregaciones muy grandes que comenzaban a disminuir. Hasta ciertas resistencias a entrar en este camino se evidenciaban, por miedo a que de tanta re-estructuración quedáramos todas/os reducidas/os a la mínima expresión. Pero poco a poco hemos ido tomando conciencia de que todos los Institutos tenemos hoy algo que re-estructurar, re-configurar, es decir, tenemos algo que adaptar, cambiar, algo a lo cual debemos darle nueva forma para devolverle el encanto a nuestra VC, para que sea más significativa. En el fondo de esta conciencia está la palabra siempre actual de Jesús: “*A vino nuevo, odres nuevos*” (Mt 9,17).

Nos hemos replanteado nuestra manera de ser y de estar, desde nuestros carismas, en el mundo de hoy: “¿Cómo estamos donde estamos?”; creemos en su fuerza, nos encanta y apasiona nuestra hermosa vocación-misión y sentimos el desafío de hacerla más transparente y creíble, más significativa. Además, en el fondo sabemos que hay cosas que ya no funcionan, que ya no van, que ya no son signo y que no son capaces de contener el “*vino nuevo*” del momento que nos está tocando vivir.

Los motivos que nos llevan a hacer este proceso de re-estructuración son el querer responder a las exigencias de la realidad y vivir en fidelidad creativa nuestro carisma; servir con mayor eficacia y significatividad al mundo y a la Iglesia; secundar los anhelos que el Espíritu ha ido sembrando en nuestro corazón; ser consecuentes con nuestra realidad congregacional.

Lo que queremos re-estructurar es, sobre todo, el lugar social y geográfico en que vivimos (espacios): dónde estamos, con quién queremos estar, dónde debemos estar; la organización de nuestros Institutos (estructuras):

desde qué tipo de estructuras y para qué; los modos de intervenir en la misión (métodos pastorales): cómo queremos estar y por qué queremos estar.

Algunos nos han dicho que la re-significación de la VC urge porque ya no nos vestimos de tal forma, porque nos falta rezar más, etc... Pareciera como si con cambios externos la cosa mejoraría. Pero sabemos que no es así.

No podemos calcular los resultados de este proceso. Sin embargo podemos estar seguros de que si entramos evangélicamente en él, nuestra vida y misión se recrearán porque estarán más centradas en lo esencial del carisma; habrá religiosas y religiosos con más fuego en el corazón; surgirán presencias más sencillas y humildes que evoquen más Evangelio; se fortalecerá nuestra vida fraterna; se acrecentará nuestra esperanza y viviremos con más armonía nuestra consagración; y por qué no creerlo, seremos más fecundos en vocaciones y compartiremos nuestro carisma y misión con un mayor número de laicos.

En la medida que entramos en procesos de búsqueda, de responder mejor al Espíritu, de propiciar una profunda conversión, de buscar mayor radicalidad evangélica, en esa medida nuestra vida se vuelve más apasionante y creemos que vale la pena vivirla con la pasión, la fe, la esperanza y el amor que se merece. El futuro de la VC no depende de tener más vocaciones o no tenerlas... de crecer en número y juventud... de que las obras apostólicas florezcan y sean pujantes..., sino de vivir atentas y atentos al Espíritu y a la historia que interpela nuestros carismas, nuestras estructuras, nuestra forma de ser VC en este contexto latinoamericano y caribeño. Si continuamos dóciles al Espíritu y atentas/os al clamor de la humanidad, por este camino de re-estructuración y re-significación, sin duda que la *Ruah Divina*, alentarán *“la mecha que aún humea”* (Mt 12, 20), y se reencenderá la mística-profética para la que Dios suscitó en la Iglesia y en el mundo a la VC.

Termino compartiendo una convicción, que como VC nos acompaña e inquieta: la de re-significar nuestra espiritualidad, tan golpeada por el activismo, por el agobio y las prisas. Una espiritualidad muy debilitada en su esperanza, en su pasión... y que en momentos se ha apartado de su sentido más profundo; una espiritualidad que sea capaz de descubrir lo nuevo que está naciendo para agradecerlo y potenciarlo en favor del Reino. ¡María, la de la Visitación, nos alcance la gracia de que algo nuevo acontezca!

¡Salgamos, como María, aprisa al encuentro de la vida!